

chea y Juan Negro «unidos para mí en una sutil quintaesencia no han hecho de su drama interior ni una agonía mística ni una trágica rebelión».

Se trata de un excelente libro de divulgación para quienes no deseen ahondar profundamente en la literatura chilena. Mariano Latorre se ha esforzado en dar a cada uno su parte, dentro de las dificultades de una obra de este género. El autor, con su conocimiento y su amor por la literatura de su país, ha hecho una labor bastante justa, a nuestro entender. Con sus dotes de artista, la ha vestido con el ropaje de una prosa galana.—ANTONIO R. ROMERA.



<https://doi.org/10.29393/At200-10NCAC10010>

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS. por *Arturo Rioseco*.—Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1939

Editada hace dos años, nos ha llegado recientemente de la Editorial Nascimento la extensa obra que sobre novelistas hispanoamericanos reuniera hace no mucho tiempo el escritor chileno Arturo Torres Rioseco, doctor en Filosofía y Catedrático de Literatura hispanoamericana en la Universidad de California. Se da en ella un panorama en conjunto de la novela que imperaba en América antes de la aparición del vanguardismo, afirmando entre el medio y la obra las más estrechas relaciones, como continuándose a través de la personalidad del escritor que toma el material entregado por la Naturaleza, transformándolo en algo si no distinto sí con nuevos caracteres que lo hagan ascender a categoría de obra artística. Así, sin negar la verdad de Gide cuando afirma que sólo el arte es lo no natural. Torres Rioseco afirma la estrecha sujeción de la novela, o del primer impulso que la inicia, a la tierra donde es creada. Si la tierra es posible sin arte, en cambio el arte es imposible sin ella: como por un sistema de vasos comunicantes uno y otra conviven: la tierra alimenta, en tanto que el arte es alimentado.

En tres subtítulos divide Torres Rioseco su libro; la novela de la tierra, la novela de la ciudad y la novela del modernismo, encontrando así una forma, si no intachable cuando menos de cierto orden que facilite la comprensión de las tendencias novelísticas americanas. Bajo el subtítulo la novela de la tierra se hallan agrupados Azuela, Rivera, Gallegos, Güiraldes y Benito Lynch; dentro del segundo capítulo se encierran Eduardo Barrios, Manuel Gálvez y Joaquín Edwards Bello, y al final los novelistas del modernismo Carlos Reyles, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Prado y Rafael Arévalo Martínez. Por el enunciado del índice se advierte la ausencia de algunos importantes nombres sin los cuales toda recopilación de ensayos de este género resulta incompleta; el autor, al prologar sus estudios, conviene en que hacen falta ahí autores de positivo mérito, y hasta se atreve a citar algunos: Blanco Fombona, Horacio Quiroga, Teresa de la Parra y Rodríguez Larreta. Nosotros por nuestra parte lamentamos la ausencia de Martín Luis Guzmán que, aunque no tuviera ya nada que decir, ocupa un sitio importantísimo dentro de las letras americanas, muy superior al que llenan algunos de los escritores ahí reunidos. Sin embargo, la obra cumple su misión en cuanto se le considere como una simple guía de novelística americana inmediatamente anterior a nosotros, sin otras pretensiones que ayudar al estudioso de las letras, despejándole el camino, a adentrarse entre el no muy complicado páramo de nuestra novela.

Es indispensable, aun para los más versados en asuntos novelísticos, reconocer en Torres Rioseco un gran afán de estudio y una gran facultad de comprensión y exposición que dan a sus ensayos críticos la apariencia de utilidad intelectual; porque él sabe, como pocos, encontrar en lo que lee aquello de más interés o importancia para mejor entrarse en la obra estudiada, aunque sea desde un punto francamente externo, sin más complicaciones que las que ofrece a primera vista el autor de la novela. Y aquí está el principal peligro de la crítica

del escritor chileno. que a fuerza de aislar los nombres tratándolos con cariño y limpieza, aproximándolos al medio donde vivieron y escribieron, olvida inicialmente engarzarlos en un pensamiento central, en un concepto desde donde el hilo que representa cada uno venga a confirmarse, a encontrar la base donde debe sostenerse, dando razón al crítico que, por modesto que sea, intenta probar ante los ojos de sus lectores algunas de sus razones. En Torres Rioseco nos parece observar que la crítica arriba a un campo de *comprobación* donde sólo queda el recurso de ir a *ver*, como ante una película cinematográfica, los valores positivos o negativos de la novela que se analiza; pero falta la característica legal que justifica a la crítica: falta la *prueba* de los valores señalados. Así la aparente unidad del libro no es sino externa, inventada ante una serie de estudios más o menos extensos que repiten en palabras críticas lo que el novelista dijo ya en palabras de novela. Y lo importante no es volver a decir, ni siquiera contradecir, sino probar lo dicho, darle a lo que el novelista dijo un impulso hacia los grandes valores literarios, moviendo sus ideas y sus situaciones dentro de un ámbito más amplio que el que se impuso el novelista al concebir su obra, arraigado al medio donde alimenta su imaginación. Si Rivera es la selva, si Arévalo Martínez es el misterio y la locura, y Güiraldes es la pampa, ¿qué importancia general pueden aportar espíritus tan disímiles a la literatura americana?, ¿qué puede unirlos tan estrechamente además del tiempo y el continente en que nacieron?

La obra que nos ocupa, así como abre algunas puertas hacia los novelistas que por ella desfilan, de la misma manera cierra una, y muy principal, cuando no engrana en un solo haz las diversas luces que la conforman. En ella hace falta un epílogo que dé razón no de los novelistas hispanoamericanos, sino de la novela hispanoamericana en general, probando que América es más que una novela porque tiene novelistas.—ALÍ CHUMACERO.

